

# La parte difícil del aislamiento

(Escrito allá, por marzo de 2020)



Victoria Gurrieri\*

A pesar de que mucha gente detesta las rutinas, sirven para darnos un cierto orden mental.

Salir de casa a las 16:00, tomar el 15 a las 16:20. Viajar sentada atrás, arriba de la rueda del lado derecho, mirar por la ventana. Bajar en Panamericana y 197 a las 17:00, automáticamente tomar el 391, el 365 o el 315. El colectivo abarrotado de gente, viajar parada, incómoda, muchas veces sin poder sostenerme, con los auriculares.

Generalmente, escucho música: *Miss Bolivia*, *Residente*, *Paulo Londra*, *Sara Hebe*, *Rebeca Lane*, *David Rees* o lo que encuentre en el momento, que puede ir desde *The Cure*, *Coldplay*, *Ramones* o *The Strokes*. A veces también *No te va gustar* o, en el mejor de los casos, cuando L se acuerda y me pasa, un buen podcast. Accidentes, crímenes, asesinos seriales, historias oscuras, historia del cine, historias del conurbano: son mis temas favoritos. O, en fin, lo que aparezca.

La mejor manera de soportar el viaje es con auriculares, de esa forma evito escuchar los problemas ajenos y mantengo la mente ocupada mientras hago equilibrio para no caerme.

\* Estudiante de la Licenciatura en Producción y Gestión Audiovisual, de la UNPAZ.



Gentileza de María Iribarren.

Bajo en la estación de servicio que está antes de la estación de José C. Paz a las 17:45, espero para cruzar la calle intentando telepáticamente que los autos paren –a veces funciona– o que un colectivo se detenga para poder correr. No hay semáforo en ese cruce y mis reacciones suelen ser lentas.

Camino esas dos cuadras por Germano, doblo en José C. Paz y luego en Leandro N. Alem. Paso por el playón deportivo y por la Plaza del Ferrocarril, obsesivamente por la vereda de enfrente, buscando con la mirada a algún compa. Sigo caminando hasta llegar a la queridísima UNPAZ.

Cruzo la calle frente a la entrada. Entro. Las rejas abiertas de par en par, las puertas también. Siempre hay mucha gente: en rondas sobre el pasto, sentada en los maceteros. El estacionamiento lleno. El espacio para bicicletas lleno. Por allá, a lo lejos, una, dos, tres caras conocidas. Generalmente me encontraba con L y subíamos al ascensor para cursar. O con C y nos quedábamos un ratito hablando y mirando a todxs pasar.

Cuando entrás a la UNPAZ sentís varias cosas. Primero: mires hacia donde mires, hay banderas. Banderas políticas, Descamisados, CETIC, La Cámpora, FORJA, ATUNPAZ, otras. Personas con las mismas remeras: son lxs militantes de las organizaciones y agrupaciones vendiendo café, turrone, bizcochuelo, pines, alquilando equipos de mate (cosa que hoy en día sería imposible, pues COVID...). Existe una economía interna en la universidad, los estudiantes son el corazón de ese sistema.

Extraño absolutamente todo eso, ¿se nota? El edificio y lo que representa, lxs compañerxs, lxs profesores, las clases, los problemas cotidianos. Estar todo el día ahí adentro, donde nunca escuchás el silencio absoluto, menos que menos cuando pasa un tren. Extraño ir al baño, mirarme en el espejo y pensar: “Estoy en casa”.

Creo que una institución educativa triunfa cuando una siente que está como en casa. Que tiene ganas de quedarse ahí y que, si no va, la extraña. Que genera vínculos sociales ahí dentro. Que tiene profesorxs comprometidos a fondo, siempre dispuestxs a contribuir con el aprendizaje colectivo pero también individual, con el de cada estudiante.

Extraño las risas, las miradas cómplices. Extraño observar desde el segundo piso el movimiento de la gente abajo y tramar historias de ficción que suceden dentro del edificio. Extraño la UNPAZ, el ruido del tren y que la clase se interrumpa. Los asientos duros, el traqueteo del ventilador siempre a punto de desarmarse. Los *dispenser* de la muerte, los carteles por todos lados. Extraño las charlas en la oficina de M.I. escuchando nuestras propuestas y anotándolas en su cuaderno.

Es difícil estar lejos de casa...

Semana uno, ¿de cuántas?